

La conciencia espoleada. Carlos Montenegro, corresponsal de la Guerra Civil española.¹

Jesús Cano Reyes
Universidad Complutense de Madrid
jesuscanoreyes@ucm.es

Abstract

Between November 1937 and March 1938, Carlos Montenegro replaced Nicolás Guillén and Juan Marinello as correspondents for the magazine *Mediodía* during the Spanish Civil War. A key aspect of his chronicles, extensible to many other writers, is the sense of inadequacy of the intellectual vis-à-vis the soldier, a feeling of inferiority complex present in Montenegro's inaugural report, which evokes a scene of high symbolic content. The purpose of focusing on the networks of Cubans in Spain is a strategy to engage his readers with the conflict; among all of them, the figure of the martyr Pablo de la Torriente Brau, who died at the beginning of the war, stands out. Finally, Montenegro's journalistic chronicles can be related to his other narratives on Spain: three short stories and the testimonial book *Three Months with the Shock Forces*, which collects the chronicles, partially reworking them, and also adds additional unpublished material.

Keywords: Carlos Montenegro, Correspondent, Cuba, Chronicles, Inferiority complex, Pablo de la Torriente Brau, Spanish Civil War, Testimony, Intellectual, Narrative.

Resumen

Entre noviembre de 1937 y marzo de 1938, Carlos Montenegro reemplaza a Nicolás Guillén y Juan Marinello en su labor como corresponsales de la revista *Mediodía* en la Guerra Civil española. Un aspecto nuclear de sus crónicas, extensible a muchos otros escritores, es el complejo de inferioridad del intelectual respecto al soldado, que en el reportaje inaugural de Montenegro origina una escena de alto contenido simbólico. Por otro lado, resulta fundamental el propósito de situar el foco sobre las redes de cubanos en España, como una estrategia para involucrar a sus lectores en el conflicto; entre todos destaca la figura del mártir Pablo de la Torriente Brau, muerto al comienzo de la guerra. Por último, cabe poner en relación las crónicas periodísticas de Montenegro con su narrativa sobre España: tres cuentos y el libro testimonial *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*, que recoge las crónicas, reelaborándolas parcialmente, y además añade material inédito.

Palabras clave: Carlos Montenegro, Guerra Civil española, Cuba, Corresponsal, Crónicas, Complejo de inferioridad, Pablo de la Torriente Brau, Testimonio, Intelectual, Narrativa.

Una travesía trepidante

Muchos escritores dejan pasar su vida encerrados en la torre de marfil, sin otras aventuras que las que relatan los libros en los anaqueles de su biblioteca. Otros, en cambio, son protagonistas de avatares biográficos trepidantes, como es el caso de Carlos Montenegro (Pobra do Caramiñal, A Coruña, 1900-Miami, 1981). De padre español y madre cubana, Montenegro nace en un pequeño pueblo de Galicia pero se traslada con su familia a Cuba cuando tiene siete años. Poco inclinado a los estudios en su adolescencia, se embarca en el mundo de la marinería. Llega a México, donde se involucra en el contrabando de fusiles y frecuenta los burdeles, es herido de gravedad y sufre su primera estancia carcelaria en la ciudad portuaria de Tampico; después, en Estados Unidos—donde vive por algún tiempo en algunos estados del centro del país—desempeña sufridos trabajos y padece el frío, la soledad y la incomunicación (Domingo Cuadriello 12-13).

En 1919, Montenegro esgrime el cuchillo y mata en una pelea a un hombre en el puerto de La Habana, por lo que es condenado a catorce años, ocho meses y un día de prisión. Los entresijos de este homicidio nunca han sido completamente aclarados. Jorge Domingo, a partir de opiniones de amigos de Montenegro, apunta hacia “una actitud muy violenta de Montenegro al tratar de lavar el honor mancillado de una hermana suya, en correspondencia con los códigos del honor de la época” (13). Por otra parte, si hiciéramos caso a la reconstrucción del propio autor, habría que pensar en

problemas con los tripulantes de un barco español donde se discriminaba al criollo y al negro. Montenegro hace causa común con los negros y criollos; esto le acarrea enemistades [...]. Una noche que estaba solo dos o tres hombres lo retan y en la lucha sale a relucir la navaja después que él ha sido derribado al suelo por el golpe de un madero que casi le deja inconsciente. Al levantarse se ve cercado e instintivamente, para defender su vida, esgrime el arma lanzando tajos a diestra y siniestra para abrirse paso. Fatalmente uno de los agresores se pone a su alcance y queda herido de muerte. (Pujals 52)

Durante su reclusión en el Castillo del Príncipe de La Habana, Montenegro comienza a escribir sus primeros cuentos, esencialmente basados en sus extraordinarias peripecias biográficas. Los publica, con el transparente pseudónimo de Rodrigo Monte-Carlo, en la revista *Renacimiento*, editada en la misma cárcel. Su vínculo con el exterior es el poeta José Zacarías Tallet, oficinista del penal, que lee sus textos y los muestra a sus amigos escritores, como Juan Marinello, Rubén Martínez Villena o Jorge Mañach: pronto se corre la voz en los círculos culturales de La Habana de que hay un gran escritor entre rejas. En 1928, su cuento “El renuevo” gana el premio del semanario *Carteles* y en 1929 se publica su primera obra en la editorial de la *revista de avance*: se titula *El renuevo y otros cuentos*. Montenegro recibe visitas, de entre las cuales conocerá a su esposa, la escritora Emma Pérez-Téllez, con la que contrae matrimonio cuando aún es un recluso. A finales de los años veinte, comienza una campaña masiva en la que intelectuales cubanos (Juan Marinello, Alejo Carpentier) y españoles (Ramón Gómez de la Serna, Gregorio Marañón, Francisco Ayala) demandan su indulto, finalmente obtenido en 1931 después de cumplir doce años de condena.

En los años siguientes, Montenegro se va sumergiendo en lecturas políticas y afila su ideología. Como consecuencia de su progresiva politización, se incorpora al Partido Comunista Cubano, por entonces ilegalizado, e integra también la redacción de su revista *Mediodía* cuando sale a la luz en junio de 1936.

Merece la pena hacer un inciso al respecto: el Partido Comunista Cubano, fundado en 1925—entre otros, por Julio Antonio Mella—, permanece en la clandestinidad hasta 1938; la historia de su legalización está parcialmente ligada a la Guerra Civil. Tras una primera etapa de intransigencia ideológica y aislamiento, los comunistas cubanos se aproximan en 1936 a las políticas del Frente Popular para combatir el fascismo. Paradójicamente, en 1937 se ven obligados a llevar a cabo una extraña alianza: apoyar a Fulgencio Batista, que

a cambio efectúa un considerable giro hacia la izquierda. A partir de entonces, en septiembre de 1937 se legaliza el Partido de Unión Revolucionaria (PUR), partidario del Frente Popular y con Juan Marinello a la cabeza. En mayo del año siguiente, sale a la luz el diario comunista *Noticias de Hoy*, que reemplaza a la revista *Mediodía*, que dirige Nicolás Guillén. Finalmente, en septiembre de 1938 se legaliza el Partido Comunista Cubano, que poco después se fusiona con el PUR de Marinello. Gracias a esta desconcertante alianza con Batista, el comunismo puede salir de la marginalidad en Cuba; el proceso culmina en 1942 cuando entran en el gobierno de Batista dos ministros comunistas: Juan Marinello y Carlos Rafael Rodríguez.

Por su parte, la vida de la revista *Mediodía* (1936-1939), expresión del ilegalizado Partido Comunista, coincide también con la Guerra Civil. Desde el comienzo, *Mediodía* se identifica con la lucha de la República, como demuestra el temprano manifiesto firmado por numerosos intelectuales (entre ellos, Nicolás Guillén) el 25 de julio y aparecido en el número 3 de la revista. Una vez consolidado el diario *Noticias de Hoy*, la revista *Mediodía* deja de publicarse.

En efecto, el desencadenamiento de la Guerra Civil en España moviliza las energías de Montenegro para defender la República mediante encendidos artículos, escritos inicialmente desde Cuba antes de emprender el viaje. El propósito de este artículo es examinar la labor de Montenegro como corresponsal de guerra en España a partir de sus textos escritos para la prensa entre 1936 y 1939—notablemente las crónicas de guerra publicadas en la revista *Mediodía* entre marzo y mayo de 1938—, que ponen de manifiesto su identidad de sujeto transatlántico, marcado por las diversas travesías de ida y vuelta entre Cuba y España. “Cuando alguien realiza un viaje, puede contar algo”, recuerda Benjamin en *El narrador*, donde define asimismo al cronista como “el narrador de la historia” (53, 65). La elección de la crónica, entendida a su vez como un género híbrido que se sirve de elementos heterogéneos de la literatura, el periodismo y la historia, funciona como un correlato de esa

identidad mestiza y en última instancia recuerda que la Guerra Civil no puede ser comprendida como un conflicto doméstico, ni en el terreno geopolítico ni en la geografía sentimental de Occidente, donde tantos pueblos se sintieron hondamente afectados por ella.

En marzo de 1937 aparece en *Mediodía* una singular necrológica de Pablo de la Torriente Brau, escritor cubano que ha viajado a España como corresponsal y ha encontrado la muerte, después de haber abrazado las armas de la República, en diciembre de 1936 en los alrededores de Madrid. El texto está firmado por Montenegro, cuyo poderoso íncipit sorprende en un discurso panegírico: “Conocí a Pablo de la Torriente Brau en la cárcel” (“Pablo de la Torriente” 10). Lo que podría interpretarse como una censura se convierte en un alegato virtuoso cuando a continuación el autor revela que no se trata de un preso común sino político; en contraposición a este revestimiento de heroísmo, Montenegro se sitúa a sí mismo sin pudor en otra categoría bien distinta: “Él ingresaba como preso político, yo estaba en las postrimerías de mi larga condena por homicidio”. Montenegro alaba el modo en el que la guerra de España supone el coronamiento grandioso de una vida, gracias al cual su amigo se hace “dueño otra vez de su confianza, de su hermoso vigor confiado; ya agigantado por la experiencia y por la concepción de la meta precisa”. El mito ya se ha edificado de manera sólida: con su caída en España, “que en estos instantes es el pueblo del mundo”, los cubanos y los partidarios de la República “vivimos maravillados incluso de su muerte frente al enemigo, como un símbolo anti-fascista, vibrante en la garganta su última voz de mando” (10). El texto de Montenegro es en realidad la réplica amistosa a otro que Pablo de la Torriente Brau ha publicado en 1934 en el periódico *Ahora*, en cuya serie de artículos “La isla de los 500 asesinatos” ha dedicado algunas páginas a Montenegro:

Carlos Montenegro, paseando con nosotros por el “patio de los incomunicados”, fue el que nos hizo el relato para darnos una idea de quién era Goyito, y hasta

qué monstruosidades era capaz de llegar. [...] Por eso no perdía yo oportunidad de hablar con Montenegro—que fue nuestro primer y casi único cicerone en aquel antro del crimen. [...] Por él supe yo muchas de las atrocidades inauditas que se cometían en las celdas, algunas de las cuales pudimos constatar”. (cit. por Casado Fernández 87-88)

Montenegro viaja a España como corresponsal de *Mediodía* entre noviembre de 1937 y marzo de 1938 (antes de él, en el mes de julio, lo han hecho otros dos prestigiosos escritores de la misma revista: Nicolás Guillén y Juan Marinello, que han llegado a España con motivo del célebre II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura y han permanecido algunos meses más a su finalización). Pero antes de atravesar el océano, Montenegro hace una escala de tres meses y medio en Nueva York, tiempo durante el cual da a la prensa algunos artículos de tema español en el diario neoyorquino de habla hispana *La Voz*.

Una vez en España, Carlos Montenegro escribe cinco crónicas periodísticas. Sin embargo, durante ese período se publica en la revista *Mediodía* tan sólo una de ellas: la titulada “Valdeaveros”, el 7 de marzo de 1938 (el corresponsal equivoca el nombre del pueblo, que en realidad es Valdeavero). Las otras cuatro ven la luz en las semanas inmediatamente posteriores a su regreso; hay que suponer, por tanto, que Montenegro tiene ya escritas estas crónicas y las entrega personalmente al cabo de su viaje. Me inclino por esta posibilidad, frente a la alternativa de que fueran escritas ya en la isla o en el barco de regreso, por el hecho de que al menos tres de ellas son cronológicamente anteriores a “Valdeaveros”, lo que implica que ya estarían escritas cuando se publica esta. Si no llegan a enviarse o se extravían conservándose una copia es algo que desconozco; sin embargo, parecería extraño que la cuarta en el orden de escritura fuera la primera y única en enviarse. Respecto a la titulada “En los frentes de guerra: Teruel”, se dificulta la datación precisa de su escritura y no podría descartarse que fuera alumbrada al abandonar España.

1938 es el año de consagración literaria de Montenegro, pues publica en México su obra más importante: *Hombres sin mujer*, que ahonda por primera vez en América Latina en el tema de la homosexualidad en las prisiones—al aparecer un capítulo de esta novela en 1936 en *Mediodía*, se desató tal escándalo que la revista, vigilada de cerca por el poder, se suspendió durante tres meses a la par que Carlos Montenegro y Nicolás Guillén, su director, fueron procesados (Domingo Cuadriello 19)–. Sin embargo, a lo largo de los años siguientes, Montenegro se va retirando de la creación literaria para centrarse en el periodismo, de tal modo que su vertiente literaria parece agotarse. En 1945 abandona el Partido Comunista y con la Revolución de 1959 se marcha a México y después a Costa Rica. En 1962 se instala en Estados Unidos y pasa sus últimos días en un edificio para ancianos abandonados en Florida, escribiendo una novela titulada *El mundo inefable* sobre las luchas revolucionarias en México (Domingo Cuadriello 24). La novela, inédita, queda inacabada cuando muere en 1981.

Utilidades de la mano

El momento de la entrada en España es para todos los que cruzan la frontera un instante de máxima emoción: no se trata solamente de la llegada a un país en guerra, sino del ingreso a un territorio mítico. Montenegro resume su visión recurriendo a la imagen ya reiterada del corazón: “Como si fuera a meterme en el corazón del mundo, entro en España por un túnel” (“Mi entrada” 13). El túnel, que en realidad se contrae a un lapso de oscuridad, actúa como un telón para posibilitar la transición entre dos realidades. Por otro lado, la asimilación de España (o Madrid, su metonimia) con un corazón se convertirá en una imagen recurrente durante la guerra. El poeta inglés W. H. Auden proclama que “Madrid is the heart” en su poema “Spain”, que aparece en el número 5 de la revista *Los poetas del mundo defienden al pueblo español*, editada por Pablo Neruda y Nancy Cunard en París en 1937 (Binns 59). Por poner otro ejemplo,

el también corresponsal argentino Raúl González Tuñón habla en su ponencia de la sesión inaugural del Congreso de Escritores Antifascistas de que “Madrid seguía siendo, como lo es y será, el corazón del mundo” (González Tuñón 196).

Las primeras impresiones de Montenegro son además reveladoras de la ya mencionada doble tensión que sitúa a la escritura de la guerra en un terreno incómodo, donde se encuentra obligada a plantearse preguntas incómodas sobre su propia condición:

A las primeras preguntas sufro un complejo.

—No, no vengo a pelear; soy periodista.

Delante de mí está un hombre de cara cuadrada en la que se ve un verdugón de una herida reciente. Tiene un brazo en cabestrillo. Pero el hombre me pone su mano útil sobre el hombro y solamente dice:

—Camarada periodista.

Y esa breve frase, y su clara mirada de hijo del pueblo, me hacen superar mi complejo. Él sabe—y me lo hace sentir—que un pueblo que lucha contra el crimen y la barbarie no necesita solamente del fusil. (“Mi entrada” 13)

Se trata una vez más del complejo de inferioridad del escritor que se siente disminuido ante el soldado, cuyas heridas espolean la mala conciencia de quien no corre los mismos peligros. El adjetivo útil aplicado a la mano del soldado (Montenegro, para no dar pábulo a la polisemia y referirse únicamente al sentido inmediato de las facultades físicas, podría haber hablado de la mano sana, la mano ilesa o la mano buena, pero escoge el adjetivo *útil*) contiene una crítica implacable, no tanto en lo que dice como en lo que lleva implícito: la mano del escritor es inútil y, por tanto, lo es también aquello que produce: la palabra; la instrumentalización de la escritura conduce naturalmente a pensarla en términos de utilidad (el orgullo de Montenegro ha de sentirse secretamente herido con su propia expresión, pues sus manos no han sido precisamente las más delicadas, sino que en otro tiempo han izado velas,

han atado cabos marineros e incluso han sabido de lo que es empuñar un metal cargado de muerte). Sin embargo, esta demoledora conclusión sobre la inutilidad de la mano se corrige inmediatamente después de ser apuntada, cuando el soldado reconoce al periodista como camarada y lo reconforta en consecuencia con la idea de que también está combatiendo al empuñar la pluma.

Como un pórtico al frente de la primera de sus crónicas, este dilema rápidamente resuelto es a todas luces una justificación, una suerte de rito de paso superado. Al mismo tiempo, el breve episodio ostenta el carácter de una llave que facilita el acceso a la guerra en dos niveles: en el nivel narrativo, permite al personaje Montenegro, ya reconocido como un igual, un camarada, circular reconfortado por la España republicana; en el nivel metanarrativo, una vez conseguido el *nihil obstat*, la escritura subsiguiente (la misma que el lector de la crónica tiene ante su vista) queda convenientemente legitimada.

En adelante, refrendada su misión de escritor, desaparece cualquier posible pudor por mostrarse como tal; es más, hasta en tres ocasiones a lo largo de las crónicas Montenegro se retrata a sí mismo en el acto de escribir. Una de ellas no parece albergar más pretensión que la de complacerse en la propia imagen, lo que da buena cuenta del crédito concedido a esta tarea: “Bueno, ahora escribo, pero hace unos días nosotros continuábamos pasando pueblos y pueblos” (“En los frentes” 11). Frente a la sucesión de las dos acciones (la vivencia y su traslación al texto), las otras referencias subrayan la inmediatez de la escritura y los hechos narrados, lo que conlleva el efecto de aproximar la experiencia al lector, que mediante el tiempo verbal presente empleado por el mediador se traslada al plano temporal de los hechos: “Ahora escribo en Madrid—a pesar de que a veces el hotel donde me hospedo se mueve, por los obuses, como si estuviéramos en un terremoto—con la misma tranquilidad que lo podría hacer en mi casa de La Habana” (“En los frentes” 17). Desde luego, es unánime entre los extranjeros que visitan España—y particularmente

Madrid, asediada por los bombardeos—la admiración de la naturalidad con la que sus habitantes viven la incesante amenaza de la muerte, por lo que paradójicamente la alusión retrata con mayor especificidad el carácter del pueblo español que el del periodista: “Mientras escribo esto los oigo [los obuses], pero no sé, es tan contagioso el desprecio de Madrid por el peligro que el nuevo que llega tiene que hacer un terrible esfuerzo de imaginación para precisar que puede volar hecho papilla” (“Valdeaveros” 7). Una última y sugerente lectura permite interpretar que, una vez asumido su papel en la lucha, seguir escribiendo no es más que la réplica de Montenegro a esos mismos bombardeos.

Asimismo, junto al rasgo de la inmediatez y en consonancia con las pautas del género, las crónicas de Montenegro incluyen reiteradas exhibiciones de su condición de testigo ocular, lo que pretende incidir en la autoridad y verosimilitud del relato. En este sentido, *yo he visto* se convierte indudablemente en la fórmula más habitual de los corresponsales de guerra para otorgar a su palabra el carácter de fuente fidedigna, y Montenegro repite el esquema en numerosas ocasiones: “Así habló Campesino, así lo he visto yo” (“El Campesino” 7); “En Madrid, en el barrio de Argüelles, donde apenas quedan casas enteras, he visto a los niños jugar en las calles” (“En los frentes” 17); “Entonces he comprendido la fuerza que ponían en la expresión algunas mujeres que he visto en las ciudades españolas de la retaguardia” (“En los frentes” 18). Es igualmente válida la variante sensorial del oído: “Desde la propia plaza he oído la radio de Sevilla” (“En los frentes” 11). Todas las construcciones sintácticas precedentes reflejan su tesón por situarse en el lugar de los hechos al tiempo que aportan al nivel expresivo un rasgo indiscutible.

El clímax de esta estrategia tiene lugar cuando unos heridos suben a su coche en la vanguardia de Teruel (se trata de la más extensa y dinámica de las crónicas de Montenegro, la única que transcurre en el frente, pues las otras cuatro se sitúan en la retaguardia): “Allí, en nuestro auto, estaba la guerra.

Hasta entonces sólo había visto hombres hechos bajo el fuego; toda la gente de Campesino; a los internacionales. Ahora veía carne campesina, sin el menor concepto político ni guerrero” (“En los frentes” 18). La proximidad del periodista a los acontecimientos le permite acceder y contar desde el primer plano la guerra; y tanto es así que esta llega a penetrar en su vehículo. Por otra parte, el acercamiento ejerce una transformación encarnada en el juego de palabras en torno al Campesino—con ese apodo se conoce al célebre combatiente Valentín González—que refleja el paso del nombre propio a la colectividad.

La presentación que de las crónicas hace la revista *Mediodía* para encabezar la primera de ellas contiene algunos elementos que efectivamente serán característicos de la escritura de Montenegro a lo largo de la serie:

Carlos Montenegro nos ofrece aquí la primera de sus crónicas de la España en guerra. Aquellas insuperables dotes de narrador realista que ha demostrado en la novela y el cuento, están ahora al servicio de un periodismo popular y de una causa heroica. Montenegro, presente en diversas incidencias del combate contra el fascismo, testigo de los hechos de Teruel, en los que acompañaba a Candón, nuestro nuevo héroe inmolado, se dispone a presentar a los lectores de *MEDIODÍA*, en trabajos sucesivos, los aspectos más salientes de la actualidad hispana. (“Valdeaveros” 7)

La condición explícita de periodismo popular se evidencia en algunos rasgos pertinentes de análisis. Cabe pensar en las inflexiones coloquiales, que logran un estilo directo y oral alejado de la retórica, lo que redundando directamente en la imagen de sinceridad del discurso: “pero no sé, es tan contagioso el desprecio”; “bien, decía que había visto ya al pueblo español” (“Valdeaveros” 7); “Pero continuemos” (“En los frentes” 11). Pese a que la urgencia en la redacción pudiera tener alguna influencia, el escaso lucimiento en el terreno expresivo es deliberado: hay un inevitable relajamiento estético y una voluntad

de que el texto, renunciando a la abstracción, llegue verdaderamente a un amplio número de lectores.

Junto al concepto de periodismo popular, la presentación incide en la definición de una escritura “al servicio de [...] una causa heroica”. Confesada la servidumbre del relato a unos propósitos políticos (en este caso, los marcados por el Partido Comunista, lugar de confluencia de la ideología de Montenegro, de la línea de la revista *Mediodía* donde son publicados sus artículos y, previsiblemente, también de las expectativas de sus lectores), la narración de la anécdota personal estará entonces supeditada a su potencial valor propagandístico. La proliferación de consignas es un ejemplo de esta explícita actitud.

De manera insistente, Montenegro defiende, elogia y reclama la unidad de todas las fuerzas de izquierda para enfrentarse a la guerra. Representativa de esta actitud es la crónica “Valdeaveros”, que constituye toda ella un alegato de la unidad de los elementos antifascistas. Tal y como afirma en un discurso ante el pueblo uno de los acompañantes de Montenegro, “solo con una unidad absoluta ese enemigo puede ser vencido”; sin embargo, los tenaces campesinos “no conciben más unidad que la firmeza en sus propias convicciones”. A la división entre los miembros de la UGT y la CNT, sucede un posible final feliz con un reconocimiento como camaradas y una esperanzada frase de cierre: “Acaso el Domingo, cuando volvamos a Valdeaveros, todos estarán juntos, hasta el sacristán que también es un hijo del pueblo” (“Valdeaveros” 7, 17). No obstante, Montenegro parece olvidar la relevancia de la unidad cuando en otro texto, poco después, dirige un ataque nada sutil a la heterodoxia del POUM: “y en un día de aburrimiento el POUM acabó por jugar al balón pie [sic] o a intercambiarse periódicos y jamón por cigarros, mientras Madrid resistía bombardeos tras bombardeos, y el Norte era asaltado por las falanges fascistas” (“En los frentes” 11).

Otra de las constantes propagandísticas en el discurso del periodista es

la alerta por el peligro y la masacre de los niños, según marcan las directrices republicanas. Montenegro alimenta la imagen del horror transmitiendo a los lectores los crímenes que persiguen a los más pequeños e indefensos: “Detrás de nosotros no solo quedaban los combatientes, sino también miríadas de niños pequeños, de niñas de tres o cuatro años, ya capaces de percibir el terror, de elevar los ojos espantados al ruido de los motores de la aviación salvaje”; “allí vienen los aviones para bombardear la evacuación, la caravana de mujeres y niños” (“En los frentes” 18, 11). Del mismo modo se lee la historia del niño antifascista que, en lugar de jugar con bolas de nieve como los demás, debe entregarse las exigencias de la guerra, impropias de su edad (“Madrid, capital” 18).

Pero a la par que víctimas, los niños son protagonistas de la heroicidad cuando desafían la muerte prosiguiendo con su vida cotidiana: “En Madrid, en el barrio de Argüelles [...] he visto a los niños jugar en las calles. Al recomienzo de un bombardeo las madres salen al portal diciendo: ‘Niños, a entrar que tiran’. Y usan el mismo tono que si dijeran: ‘Para adentro, que está lloviendo’” (“En los frentes” 17). La normalidad con la que la República vive los bombardeos es otra de las consignas más empleadas, cuyo fin es aumentar la moral de la retaguardia y desmoralizar al enemigo, que ha de asumir lo infructuoso de sus ataques. La idea, reiterada una y otra vez, puede ejemplificarse en la descripción casi festiva que Montenegro elabora de la ciudad de Madrid (donde de nuevo se alude a los niños, aunque en esta ocasión sea para mostrarlos mejor protegidos):

Madrid parece perpetuamente una ciudad endomingada. No importa que en las madrugadas y al caer la tarde se haga constante el traqueteo de las ametralladoras y que el cañón deje oír su voz grave. Los tranvías van siempre repletos; en los cines las colas son inmensas. Niños de brazos, muy compuestos, reciben las mismas caricias y mimos que si estuvieran en una ciudad en paz. Los

madrileños no han perdido su humor, y a más respiran la satisfacción de haber parado en seco a las tropas invasoras. (“Madrid, capital” 7)

Urcelay-Maragnès entiende este fragmento como una censura, o al menos un toque de atención, a la frivolidad de los madrileños, lo que sirve a la investigadora para ejemplificar la que sería una postura poco dogmática de Montenegro: “Madrid no es aquí una ciudad mítica sino que aparece con la complejidad de la realidad: la guerra y, al mismo tiempo, la vida con sus apariencias frívolas” (162). Me atrevo a discrepar de esta lectura, pues considero el discurso de Montenegro, apegado a la ortodoxia del Partido Comunista, como una reflexión admirativa del modo en el que un pueblo persevera aferrándose a su vida cotidiana frente a la adversidad.

Insulares en la Península o las pisadas del héroe

Que Carlos Montenegro escribe sus crónicas pensando en Cuba es un hecho patente cuando se realiza un recorrido por unas páginas donde la presencia de personajes nacidos en la isla es abrumadora. Leyendo sus reportajes, el lector cubano puede tener la impresión de que la Guerra Civil española es un asunto doméstico, una partida jugada esencialmente o en buena medida por compatriotas. Y en cierto sentido este juicio no sería inexacto, puesto que hay en las páginas de Montenegro un protagonismo cubano que pretende la identificación del lector de *Mediodía* con el fin de aumentar el compromiso prorrepblicano en La Habana (es cierto que la visibilidad de los cubanos ha de corresponder a los propios círculos que transita el periodista en España, pero es igual de cierto que su selección de personajes y elementos narrativos no es en absoluto ingenua). Curiosamente, Montenegro no hace gala de sus orígenes españoles en ningún momento a lo largo de sus escritos sobre la guerra: en una encrucijada histórica en la que muchos latinoamericanos afirman sentirse españoles, Montenegro calla u olvida su ascendencia gallega.

En la crónica que dedica a Madrid, Montenegro presenta un buen número de nombres que contribuyen a reconstruir la red de cubanos que viven en la ciudad o circulan por ella. Al describir los edificios bombardeados de la capital, comenta: “Fue en el hotel colador donde conocí a los capitanes cubanos Cueria, Mario Sánchez y Antonio Pérez, los tres, entonces, de las fuerzas de Campesino” (“Madrid, capital” 7). La mención es breve pero sirve para determinar la valentía de los cubanos, quienes, como no podía ser de otro modo, se alojan en el hotel asediado por el fuego en lugar de hacerlo en el más seguro. Basilio Cueria (Marianao 1895-1959) es un combatiente popular entre los corresponsales cubanos. Nicolás Guillén, Juan Marinello, Lino Novás Calvo, Langston Hughes y James W. Ford relatan el encuentro con Cueria en sus crónicas españolas. Por su parte, Mario Sánchez [Díaz] figura en alguna lista de combatientes cubanos caídos después de la guerra; Guillén y Marinello también lo mencionan.

A continuación, Montenegro relata una interesante anécdota sobre Julio Cuevas (1897-1975), cubano residente en el barrio de Argüelles, músico y combatiente, que lucha para la República Española con su trompeta. Se incorpora a la Décima Brigada de Choque y es nombrado director de la banda musical de la 46 División, donde alcanza el grado de capitán. Toca en los funerales de Pablo de la Torriente y Policarpo Candón. Hacia el final de la contienda, pasa a Francia y es recluido con otros cubanos en el campo de concentración de Argelès-sur-mer. El fragmento de la crónica del corresponsal, que no me resisto a citar por extenso, incide en el objetivo principal de la crónica, que no es otro que mostrar la inocuidad de los bombardeos fascistas en la ciudad sitiada:

También conocí a Cuevas, el jefe de la banda de la 46 División, cubano trinitario que vive en Madrid con su esposa. He estado en su casa de vez en cuando, está en el barrio de Argüelles, un obús la atraviesa. Cada vez que un proyectil le hace una nueva “ventana” se reúne con su compañera, Felicia, en consejo,

estudian la dirección del obús, discuten muy seriamente la necesidad de evacuar el alojamiento y terminan, invariablemente, modificando la situación de los muebles. Felicia me contó que aquello de los obuses la molestó algo al principio, pero ya estaba acostumbrada, y anda por la casa con una serenidad de noctámbulo que no se sabe si es costumbre o que los obuses le han matado la sensibilidad y su susto se ha momificado. (“Madrid, capital” 7)

Es evidente que Montenegro se relaciona esencialmente con los integrantes de la 46 División, al mando del Campesino, en la que habría hasta 27 cubanos que ocuparían puestos de responsabilidad, buena parte de ellos citados por el corresponsal (Urcelay-Maragnès 89). Es en lo esencial el mismo círculo que recorren Nicolás Guillén y Juan Marinello, fuertemente ligado a la revista *Mediodía*. Uno de estos cubanos es Jaime Bofill (también mencionado por los corresponsales Nicolás Guillén, Juan Marinello y Lino Novás Calvo), que ha sido compañero de Pablo de la Torriente en Nueva York y el destinatario de las cartas y crónicas que este le envía desde España para que las remita a periódicos y revistas. El propio Bofill toma el relevo de Pablo como comisario político después de su muerte.

Jaime Bofill cumple un papel protagónico en la crónica de la visita a Valdeavero. Montenegro le concede cualidades de líder y lo considera paradigmático: es audaz, experimentado y cumple decididamente su trabajo, aunque pueda resultar áspero en su exigencia a los demás, como revela la anécdota en la que porfía con un camarero. Tan sólo después de haberlo mostrado en acción, lo describe de la siguiente manera:

Por dos veces los obuses le metieron bajo tierra, por dos veces también las balas moras le entraron en la carne, pero él sigue adelante, al frente de los soldados, peleando y arengando, con el valor sereno y avizor que lo condujo no sólo a la victoria, sino además al Comisariato. Es un hombre menudo y joven, pero en el gesto tiene algo metálico, y una voz concreta, y una decisión siempre al alcance de su voluntad. (“Valdeaveros” 7)

Marinello, Guillén y Novás Calvo también se refieren a Bofill, de quien la revista *Mediodía* publica con evidente valor propagandístico una carta dirigida a su padre, en la que afirma escribir “desde las trincheras de la libertad” y donde declara “que si muero, muero defendiendo una causa justa, que muero defendiendo la libertad de los pueblos y de lo cual Ud. debe enorgullecerse, como español y como humano” (Bofill 16).

Otro de los cubanos que alcanzan un buen protagonismo en las crónicas de Montenegro es José López Sánchez, representante de la Federación de Estudiantes Universitarios (quien llegaría a ser años después un prestigioso dermatólogo). El corresponsal lo presenta dirigiendo al pueblo de Valdeavero un mensaje a favor de la unidad (“Valdeaveros” 17) y es también el acompañante del periodista en su crónica del viaje a Teruel, donde aparece rodeado de “naranjas, melones e higos, de sobretodo y boina” en el asiento trasero del coche y cuidando su traje nuevo al echar el cuerpo a tierra durante los bombardeos (“En los frentes” 10, 18). El mismo López Sánchez reconstruye muchos años después su propia versión del recorrido por España con Montenegro, cuyas fechas precisa entre el 24 de diciembre de 1937 y el 3 de enero de 1938, cuando Montenegro partiría al frente de Aragón con la brigada de Candón. Su memoria de hombre nonagenario a la hora de redactar esas páginas memorias le juega algunas malas pasadas: no recuerda a Jaime Bofill entre los integrantes de la expedición a Valdeavero, además de que renombra a Taranchel, el chófer que los lleva a Teruel, como “Taracón” (López Sánchez 91-93).

En un pueblo de Teruel se produce el encuentro de Montenegro con Cuervo, un cubano de Guanabacoa que pertenece a la 64 División (al que también recuerda José López Sánchez en su libro dedicado a Pablo de la Torriente). Su historia, resumida en pocas líneas, ilustra a la perfección las aventuras y los episodios rocambolescos de la guerra:

Y nos lo encontramos resucitado. Hacía dos días que había entrado en Teruel a requisar documentación fascista, cuando de una casa le hicieron fuego de ametralladora. Dos de los hombres que lo acompañaban cayeron sin vida, otro pudo escapar y él quedó escondido cerca de la casa en espera de la noche. Pero en la noche fue detenido por las fuerzas leales a las que se les hizo sospechoso de espía y su existencia fluctuó durante veinte horas entre la identificación y el fusilamiento. (“En los frentes” 17)

En cualquier caso, entre todos los cubanos con los que Montenegro se cruza en España, hay uno que destaca por encima de los demás, uno cuya presencia es la más tangible a pesar de su ausencia (y en cierto modo a causa de ella): la figura mítica de Pablo de la Torriente Brau acompaña al cronista como un fantasma. Montenegro va siguiendo sus pasos, reconociendo sus huellas, escuchando elogios hacia su compatriota de parte de todo aquel que lo ha conocido. En este sentido, la crónica del encuentro de Montenegro con Campesino es una clara muestra de la voluntad de engarzarse con una tradición: “Yo también he visto a Valentín González, el Campesino”, comienza en evidente diálogo con otros cubanos como Nicolás Guillén—que lo ha entrevistado con anterioridad (Guillén 10-11, 18)—pero con Pablo de la Torriente como primer y más directo interlocutor. El proverbial vínculo entre el combatiente cubano y el líder español, que tiene lugar no sólo en el plano periodístico sino también en el militar, se manifiesta en la evocación de Campesino, cuyas palabras sirven para reconstruir parcialmente las circunstancias de la muerte del cubano:

Es el mejor extranjero que ha venido a España. Si no lo hubieran matado, todo estaría muy distinto. Se me plantaba delante y me decía las verdades; se la decía a cualquiera... ¡Yo tuve la culpa! [...] Pero tuvo que ser. Nos estaban dando duro, por todos los sitios, y tuve que decirle: “Coge tú el batallón”... No teníamos a nadie aún; es como el que tiene que tirar con balas de oro. (“El Campesino” 7)

A continuación, Montenegro añade una apostilla de enorme valor: “Acaso todo fue distinto, pero Campesino no se limita a hacer Historia, crea también la Leyenda”. Montenegro es consciente del proceso de construcción de un mito en torno a Pablo de la Torriente y reconoce en el discurso de Campesino las huellas de este fenómeno. Además, la apología de un relato que no se ajusta necesariamente a la verdad de los hechos implica una victoria de su carácter de narrador sobre una hipotética imagen (que en verdad nunca le corresponde) de escrupuloso periodista que se limitara a consignar los hechos. Viajar a España desde Cuba como corresponsal a la Guerra Civil implica asumir el legado ardoroso de Pablo de la Torriente: todos los caminos conducen al mártir. En este sentido, las crónicas de Montenegro admiten con orgullo la forma de servidumbre que supone rastrear esas huellas, al mismo tiempo que permiten completar el panorama de los demás cubanos que actúan en la contienda.

El narrador y el testigo

Junto a su labor periodística, Carlos Montenegro es, hasta donde conozco, autor de cuatro obras sobre la Guerra Civil: tres cuentos y el libro testimonial *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*. El relato de la guerra en el caso de Montenegro debe ser abordado desde distintas atalayas: la del narrador, que erige una ficción literaria, ocultando así en mayor o menor medida su identidad, y la del testigo, que selecciona y elabora su propia experiencia mediante otros procedimientos.

“Aviones sobre el pueblo (Relato de la guerra en España)” es un cuento escrito en Cuba antes de partir y publicado en el mismo año de 1937 en la imprenta de La Habana de Úcar, García y Cía. El texto relata en pocas páginas la historia de un zapatero que pierde a su hija y a sus tres nietos a causa de los bombardeos sobre la población, tras lo que encuentra la fe perdida en la lucha contra el enemigo. Después de haber vivido sesenta años entre escapularios,

sermones y crucifijos, el personaje comprende que no merece la pena creer en un Dios que permite el sufrimiento y la injusticia; paradójicamente aquellos que propugnan la defensa de la fe religiosa con mayor empeño son los que provocan su pérdida. Hay que cambiar entonces la cruz por un fusil para dar la batalla: “Sin vacilar arrancó la cruz que clavara sobre el montículo y puso en su lugar el fusil. [...] Al echar a andar sus pies tropezaron con las dos ramas que le sirvieron para hacer la cruz y las apartó con violencia” (*Tres meses* 232-233). Un análisis detallado de este relato ha sido realizado por Luna Sellés (9-24).

Muy distinto en algunos sentidos es “Un rojo”, publicado en la revista *Mediodía* en diciembre de 1938 y con una firma que emplaza su escritura en la misma fecha. El relato describe una escena en la que un soldado republicano debe compartir con dos niñas hambrientas en un tren el pan y el queso que a costa de su propia hambre guarda para sus hijos en la retaguardia. El carácter anecdótico del relato, sumado al método acostumbrado de Montenegro de extraer materiales de su propia experiencia, hace pensar en una posible base biográfica: una historia presenciada o escuchada en España, aunque no parece haber en sus escritos ninguna prueba que corrobore esta hipótesis. En el cotejo de “Aviones sobre el pueblo” y “Un rojo” se observan algunas diferencias fundamentales: frente al tono grandilocuente del primero, la contención en el segundo; frente a la extensión, la concisión; frente al despliegue del narrador omnisciente, la subjetividad de un narrador homodiegético; frente a los trazos expresionistas en la descripción de los personajes, la mayor indagación psicológica. Un corpus tan breve no da lugar a extraer ninguna conclusión, pero sí permite al menos lanzar la pregunta: ¿se ha producido una transformación de la poética de Montenegro como resultado de la experiencia en España?

También es posible que se alimente de un considerable sustrato biográfico “La muerte del comandante”, aparecido en el diario *Noticias de Hoy* el día de Navidad de 1938 (el texto fue rescatado de las hemerotecas por el libro *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*, coeditado por Niall Binns,

Ana Casado y por mí; hasta donde sabemos, nadie había hecho mención al texto hasta entonces). El narrador del relato, un corresponsal de guerra que acompaña al ejército republicano, escucha durante una conversación junto al fuego una insólita confesión por parte de un combatiente aparentemente anodino (“una rueda más de la Brigada”), quien carga con la culpa de haber protagonizado una historia de heroísmo y tragedia: ante el encontronazo inesperado con una tropa de marroquíes, no tiene otro remedio para salvar la vida que hacerse pasar por franquista e involucrarse con ellos. A continuación, el comandante de este soldado infiltrado, que desconoce la estratagema de la que se ha servido, lo encuentra capitaneando a los moros y se cree traicionado; a raíz del enfrentamiento que sigue, el comandante pierde la vida. La operación militar es exitosa y el soldado es absuelto, pero el peso de la muerte de su superior se convierte en una “obsesión perpetua” (“La muerte” 2). En definitiva, y en una línea similar a la de “Aviones sobre el pueblo”, Montenegro, que tiene clara conciencia de que la guerra se narra desde los conflictos humanos y no desde las grandes operaciones militares, se propone transmitir con su cuento los hondos sentimientos con los que trafica la contienda mediante una historia personal de gran dramatismo.

El 14 de julio de 1938 se publica en La Habana el libro *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*, testimonio en el que Montenegro recoge sus crónicas periodísticas y las amplía para dar cuenta de su experiencia en España. El libro se divide en nueve capítulos, a los que se añade una breve conclusión titulada “Final”. No obstante, se puede colegir de esta estructura la existencia de dos partes diferenciadas: una primera parte compuesta por los ocho capítulos iniciales, reimpresión con algunas adiciones de las crónicas recién publicadas en *Mediodía* (esta vez en su correcto orden), y una segunda parte formada por el noveno capítulo, que es un diario de su incursión en la guerra junto a la división de Campesino (inédito hasta ese momento) y cuya extensión equivale a la de todos los capítulos anteriores. Tal y como sucede en numerosas

ocasiones en la escritura de este período, la urgencia del mensaje favorece la desatención de la forma. Aquí reaparece el complejo de inferioridad del intelectual. Caminando entre los heroicos soldados, a pesar de las semejanzas externas, Montenegro se sabe un intruso y sus vestimentas se convierten en un disfraz: “Seguimos encontrando soldados; en la ropa me parezco a ellos: uso pantalón de pana cerrado en los bajos y zapatos claveteados; pero se me ocurre pensar, acaso siendo injusto conmigo mismo, que ahí cesa nuestra semejanza” (*Tres meses* 144). La depreciación del concepto del intelectual es evidente en el encuentro con Campesino, donde el conocimiento de la gramática tiene connotaciones negativas y se hace necesario dar un giro y convertir al escritor en “un obrero que le da a la pluma”:

Campesino hace un elogio de mi indumentaria:

—Luce bien el intelectual.

Pero Candón y Bofill protestan porque conocen la intención:

—Montenegro no es un intelectual, sabe tanta gramática como tú, es un obrero que le da a la pluma.

Campesino parece desde entonces más amigo mío y Candón me informa que Valentín González pasa con dificultad a los intelectuales, “porque no se parecen en nada a Pablo de la Torriente”. (*Tres meses* 134-135)

En este sentido, se produce una traslación del lugar del escritor, cuya integridad se juega, no en la serenidad de un espacio propicio para la escritura, sino en el campo de batalla y el lugar de los hechos, aunque para ello se convierta en un individuo desplazado: “No hay total satisfacción en hablar de los soldados del ejército popular desde la apacibilidad del hotel Victoria de Madrid que en todo el sitio no ha perdido ni un cristal. Hay que estar aquí, aunque aquí mismo, sea uno, para estos hombres, un poco turista”. Por lo tanto, en ningún caso es azarosa, sino de un alto valor simbólico, la imagen del intelectual perdiendo la pluma en el frente: “Yo me busco la pluma fuente para hacer unas anotaciones

y veo que se me ha perdido, seguramente en mi caída por el barranco”.

Como siempre, existe no obstante la inevitable tensión contrapuesta. En un momento dado, el periodista afirma: “Me he pasado una hora leyendo *Conversaciones con Goethe* de Eckermann, mientras los Quince y Medio hacen temblar los cristales del auto y se dejan oír los motores de la aviación. Miro a través de los cristales y los soldados transitan en calma, por lo que no me inquieto. Debe ser que me estoy habituando a la guerra, a los ruidos de la guerra que son los que más asustan al bisoño”. No puede haber una imagen más explícita del intelectual en la torre de marfil que esta de Montenegro leyendo sobre el Romanticismo alemán en el fragor de la batalla (*Tres meses* 149, 194, 175-176), aunque hay una semejante: John Sommerfield da lugar a una escena parecida cuando, en mitad de los bombardeos, se dedica a leer *Los poetas de los lagos* de Thomas de Quincey en la Facultad de Filosofía y Letras de la Ciudad Universitaria de Madrid, sumergiéndose “en otro lugar, en otro tiempo” (Torres Santo Domingo 259-285). Es la conmovedora imagen de la lectura como refugio.

Este análisis de la producción de Carlos Montenegro entre 1936 y 1939 pone de manifiesto las distintas maneras en las que interviene la Guerra Civil en su literatura (lo que, lejos de ser un caso aislado, resulta extrapolable a muchos de los escritores coetáneos). Entre otras cosas, se produce una entrega total de la actividad literaria a una misión política, que es urgente y persigue fines inmediatos; se alimenta un género de escritura específico, el de la crónica de guerra, que experimenta un amplio desarrollo en este período; tiene lugar un desplazamiento de la figura del intelectual, desplazamiento que es a la vez un movimiento físico (de la habitación de hotel al campo de batalla) y una distinta toma de posición en el campo social. De este modo, el examen de un escritor en trance de guerra aporta tanta luz sobre la guerra como acerca de la misión del escritor.

Notas

- 1 Este trabajo ha sido posible gracias al proyecto de investigación “El impacto de la guerra civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, financiado por FEDER/Ministerio de Ciencia e Innovación—Agencia Estatal de Investigación (ref.: PGC2018-098590-B-I00).

Obras citadas

- Benjamin, Walter. *El narrador*. Metales Pesados, 2016.
- Binns, Niall. *La llamada de España. Escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Montesinos, 2004.
- Binns, Niall, Jesús Cano Reyes y Ana Casado, editores. *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Calambur, 2015.
- Bofill, Jaime. “Jaime Bofill, comisario en España”, en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 67, 9 de mayo de 1938, pp. 15-16.
- Casado Fernández, Ana. *Escritura entre rejas: literatura carcelaria cubana del siglo XX*. 2015. Universidad Complutense de Madrid, tesis doctoral.
- Domingo Cuadriello, Jorge. “Introducción” a Carlos Montenegro, *Tres meses con las fuerzas de choque [División Campesino]*. Espuela de Plata, 2006.
- González Tuñón, Raúl. *Las puertas del fuego [Documentos de la guerra de España]*. Ercilla, 1938.
- Guillén, Nicolás. “Héroes de la guerra española. Riesgo y Ventura del ‘Campesino’”, en *Mediodía*, La Habana, vol. II, no. 40, 1 de noviembre de 1937, pp. 10-11, 18.
- López Sánchez, José. *Pablo: imagen y leyenda*. Ediciones La Memoria, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 2003.
- Luna Sellés, Carmen. “Aviones sobre el pueblo, compromiso y vanguardia”. VVAA, *Da vontade testemuñal à incerteza narrativa. Estudos sobre Carlos Montenegro*. Universidad de Santiago de Compostela, 2002.
- Montenegro, Carlos. “Pablo de la Torriente Brau”, en *Mediodía*, La Habana, vol. II, no. 11, 5 de marzo de 1937, p. 10.
- Montenegro, Carlos. “Valdeaveros”, en *Mediodía*, La Habana, vol. III, n. 58, 7 de marzo de 1938, pp. 7, 17.
- Montenegro, Carlos. “En los frentes de guerra: Teruel”, en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 62, 4 de abril de 1938, pp. 10-11, pp. 17-18.

- Montenegro, Carlos. "El Campesino en la Retaguardia", en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 63, 11 de abril de 1938, p. 7.
- Montenegro, Carlos. "Mi entrada en España", en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 65, 25 de abril de 1938, pp. 13, 16.
- Montenegro, Carlos. "Madrid, capital del mundo", en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 67, 8 de mayo de 1938, pp. 7, 18.
- Montenegro, Carlos. "Un rojo. Cuento", en *Mediodía*, La Habana, vol. III, no. 99, 19 de diciembre de 1938, p. 3.
- Montenegro, Carlos. "La muerte del comandante", en *Noticias de Hoy*, La Habana, 25 de diciembre de 1938, p. 2.
- Montenegro, Carlos (2006). *Tres meses con las fuerzas de choque [División Campesino]*. Espuela de Plata, 2006
- Pujals, Enrique J. *Vida y memoria de Carlos Montenegro*. Ediciones Universal, 1988
- Torres Santo Domingo, Marta. "Libros que salvan vidas, libros que son salvados: la Biblioteca universitaria en la Batalla de Madrid", en *Biblioteca en guerra*, editado por Blanca calvo y Ramon Salaverría, Biblioteca Nacional de España, 2005, pp. 259-285.
- Urcelay-Maragnès, Denise. *La leyenda roja. Los voluntarios cubanos en la guerra civil española*. Lobo Sapiens, 2011.